

Relatos del Carrusel: Te amaré hasta el día en que mueras - El Juego en el Carrusel: Una película de horror, LitRPG

“No vas a creer lo que acabo de descubrir,” dijo Miss Hart apresurándose hacia la lado de su mejor amiga, la señora Ford. “La novia sí invitó a su familia. Pero se negaron a asistir. Solo acabo de confirmarlo.”

La señora Ford se abanacó con una copia del programa de la boda. “Ni siquiera ha comenzado el ensayo, y ya tienes la primicia, ¿verdad?”

“No es solo la primicia. Es la razón por la que no vienen,” dijo Miss Hart con una sonrisa.

Tras esperar un momento a que Miss Hart prosiguiera, la señora Ford dijo, “Vamos, dímelo ya.”

Miss Hart se acercó y, con una sonrisa, empezó a decir, “Es porque—”

Pero justo cuando iba a continuar, llegó otra persona a su compañía.

“¿Ya están en medio de sus chismes, verdad?” dijo el señor Greene al llegar junto a ellas, cargando un plato de sándwiches pequeños.

“Eres tú quien habla,” dijo Miss Hart.

“No he dicho que quieras que deje de hablar,” respondió el señor Greene. “Me acerqué porque sentí que estaban teniendo una conversación interesante.”

“Pues resulta que acabo de enterarme de que la pobre novia de Percy estuvo casi casada antes, en otra ocasión. La boda no salió adelante. Su familia apoyaba a su ex prometido.”

“¿Es eso lo que explica que no estén aquí?” preguntó el señor Greene.

“Calla, déjala que hable,” dijo la señora Ford.

“En realidad, sí es por eso que no están aquí. Pero la razón del fracaso del compromiso es aún más interesante,” dijo Miss Hart.

El señor Greene y la señora Ford estaban atentos, ansiosos por conocer el desenlace.

“Daphne, la novia, tuvo un antiguo amante que aún no la ha dejado en paz. Comenzó a acecharla. Por eso se canceló su boda. Las familias, en ambos lados, la culpan por haber elegido a ese tipo. Y ahora Percy ha caído en sus redes y la historia se repite una vez más.”

“¿Un acosador?” preguntó el señor Greene. “¿Estamos en peligro?”

“En absoluto,” dijo Miss Hart. “Pero el hecho de que la boda se realizara en pleno Snowblind, con seguridad privada contratada, indica que hubo motivos para ello. Aunque, si hubiera una verdadera amenaza, seguramente no habrían continuado.”

La señora Ford y el señor Greene quedaron estupefactos.

“Pensaba que la seguridad formaba parte del protocolo habitual en bodas de ese nivel. Como un símbolo del poder de los Franklin. No tenía idea de que hubiera razones ocultas,” dijo la señora Ford. “Si hubiera sabido, quizás me habría quedado en casa.”

Miss Hart la miró con incredulidad. “Nunca te he visto rechazar una invitación social, mucho menos una boda.”

“Aún así, quizás me hubiera quedado en casa,” dijo la señora Ford. “Si hubiera sabido que nos alojarían en hoteles en las faldas de la montaña en lugar del lujoso complejo por un loco suelto.”

“No habría sido así,” respondió el señor Greene, lanzando una mirada a la habitación mientras el cortejo nupcial empezaba a prepararse para el ensayo. Su mirada se cruzó con la del novio. “Vivo por el drama de las bodas.”

Percy adoraba una buena fiesta. Antes de que la acción comenzara, parecía una escapada. Y esta vez, realmente lo era. Un lugar elegante, habitaciones con servicio de criada, preparativos en cada rincón.

Debía disfrutarlo mientras durara.

Lo que más le gustaba, más que los mimos, los bocados y la paz, eran los recuerdos.

Flotaban en el aire, aquí. Recordándole el tiempo compartido. De secretos susurrados en la oscuridad, de "te amo" y caricias suaves y miradas llenas de añoranza.

No eran sus recuerdos, pero podía sentirlos en la profundidad de su estómago, en la nuca, en el temblor de su respiración. Quienquiera que hubiera sido ese hombre, ficticio o real, estaba enamorado. Había sido un joven al borde de una gran aventura con el amor de su vida.

Percy abrazaba esos recuerdos. Era la única forma de seguir viviendo, de enfocar su atención en la persona que podía fingir ser por un corto tiempo. Otros ignoraban la chispa eléctrica de los recuerdos de su personaje, la mayoría ni siquiera reportaba sentirla. Pero Percy no. Por unos breves instantes, podía ser otra persona, en otro lugar.

En ese papel, podía estar enamorado. Iba a casarse. Abrazaba con entusiasmo la oportunidad de escapar de Carrousel, aunque solo fuera en su imaginación.

Era un impostor, pero en este lugar, todos lo eran. No importaba. Para él, era real por ese momento.

Pero, ¿dónde estaba su novia?

“Percy,” dijo Angela. “Te buscan en la oficina.”

“¿En mi búsqueda?” preguntó él.

Angela soltó una risita. “Eres el novio.”

“Claro. El novio. Yo soy importante.”

“Eres la segunda persona más importante aquí, hermanito,” dijo ella.

Él la miró confundido. “Ah, claro. Muéstrame el camino, hermana,” dijo riendo. En esa historia, ella era su hermana. Casi había olvidado.

Ella se giró y le hizo una señal para que avanzara. Mientras pasaba, ella tomó su brazo y se inclinó para susurrarle al oído: “Mantente alerta. Sabes que nos aseguraremos de que todo salga bien, ¿verdad?”

“Sí,” respondió, no tan convencido.

Angela volvió a reír mientras le señalaba el camino a la oficina.

“Adelante, hijo,” dijo el señor Franklin mientras Percy y Angela llegaban. “Querido,” añadió, extendiendo el brazo para Angela, “Deberías estar aquí también.”

El señor Franklin envolvió a Angela en un abrazo, sosteniéndola allí mientras Percy entraba en la habitación.

En la oficina había una mesa grande con papeles extendidos sobre ella. Frente a ellos, dos hombres observaban con rostro serio. Miraron a Percy y asentieron mientras él se acercaba a la mesa.

Cerca de él, estaba una mujer hermosa que sonrió al verlo. Se levantó de su asiento y lo abrazó con entusiasmo.

“De verdad está pasando,” dijo ella. “Nos vamos a casar.”

Esa era ella. La mujer de la que estaba enamorado. Podía sentirlo.

Cuando una persona pasa demasiado tiempo sin sentir un amor profundo, olvida cómo es esa sensación. La primera vez que la vio, cada célula de su cuerpo se alegró.

La última vez que sintió algo así, fue en un sueño que terminó demasiado pronto. No quería que este también terminara.

“Daphne,” susurró suavemente, “Aquí estás.”

La frase “Aquí estás,” era las tres palabras más románticas que Percy conocía. Su verdadero padre le había dicho que eso era lo que sentía el amor verdadero. Fue una revelación repentina. En contraste a la persona que amabas justo en frente de ti. Hope waited toda su vida para eso, y cuando la vio, en medio de los sentimientos de su personaje, simplemente se le escapó sin querer.

—Aquí estoy —dijo Daphne—. Lamento mucho que tengamos que pensar en... esto en nuestro fin de semana de bodas. Ya debes estar arrepentido de haberme elegido.

—De ninguna manera —respondió Percy sin tener la menor idea de a qué se refería ella.

Se miraron durante un rato.

Uno de los hombres que estaban al otro lado de la mesa aclaró su garganta. —No quiero arruinar el fin de semana. Cuanto antes hagamos la declaración, antes podrán continuar las celebraciones.

El hombre era alto, con cabello oscuro y vestía un traje elegante y moderno.

El señor Franklin se inclinó hacia adelante. —Tomen asiento, chicos —dijo—. Detective Blackwood, adelante.

Percy y Daphne se sentaron juntos. Se tomaron de la mano mientras los hombres hablaban.

—Pueden llamarme Marcus si les preocupa que sus invitados descubran por qué estoy aquí, aunque estoy seguro de que se enterarán pronto —dijo el detective Blackwood—. Agarró una carpeta y la abrió sobre la mesa. La primera página mostraba una foto policial. —Adrian Vale. Hemos estado buscándolo durante meses a su petición, señor Franklin. Según lo que tenemos, él desapareció y se fue del pueblo antes de la audiencia para la orden de restricción temporal que solicitó la señorita Sinclair el año antepasado. No hay rastro de él desde entonces.

El señor Franklin no parecía contento. —¿Así que solo estamos esperando a que este lunático aparezca y arruine la boda de mi hijo y la futura esposa? ¿Sabe cuánto ha costado esto?

El detective Blackwood lo miró con intensidad. —Le aseguro, señor Franklin, que si él aparece en Snowblind, lo arrestarán o lo internarán mucho antes de que usted o sus invitados se enteren.

Lentamente, empujó la carpeta a través de la mesa. —Todo lo que sabemos está en este expediente. Él no ha usado cheques ni abierto una cuenta bancaria a su propio nombre en más de un año. La triste verdad es que una persona puede pasar desapercibida durante años si toma las precauciones mínimas. Compra cosas en efectivo, toma trabajos informales, paga el alquiler sin registros oficiales.

—Debe estar en algún lado —dijo el señor Franklin—. Resurgió el año pasado cuando Daphne estaba a punto de casarse con el hijo de los Steadman —lo miró a Daphne—. Lamento traerlo a colación.

Sacó un cigarro y lo encendió, algo que solía hacer cuando estaba estresado.

—Sí —dijo el detective Blackwood—. Las cartas amenazantes, el acoso y las llamadas telefónicas. Todos esos problemas los resolvimos eligiendo este lugar tan aislado. La buena noticia es que no tiene suficientes recursos para perseguir a la señorita Sinclair a través del país. Aunque supiera dónde se celebraba la boda, sería improbable que pudiera llegar a tiempo. No tiene licencia de conducir vigente y no ha registrado ningún vehículo en ningún estado.

—Eso no significa que no tenga coche. Podría haber pagado en efectivo —añadió el señor Franklin.

Percy volvió a mirar a su padre en el personaje. El hombre quería sacar el máximo provecho de la situación. No confiaba en los riesgos que representaba ese acechador. Sentía que conocía a ese hombre tan bien como a su propio padre. Su comportamiento era típico. Era un hombre dulce con todos, excepto con quienes se habían llevado su dinero, ya fuera camareros, empleados o detectives privados. De ellos, esperaba resultados.

—Simplemente no creo que la información que han reunido esté a la altura de su reputación —dijo el señor Franklin—. Me dijeron que eran los mejores.

Percy trató de ignorarlos. Arrastró la carpeta hacia sí y empezó a revisar la información recopilada. Miró la cara del hombre, el acosador de Daphne, Adrian Vale. Un hombre corpulento. Percy no podría enfrentarlo en una pelea. Con suerte, no tendría que hacerlo. Para eso tenía a su mejor hombre, Gus.

Carló la foto policial de Vale y se la deslizó a Daphne. Ella la miró de arriba abajo y luego volvió a levantar la vista hacia él con una expresión de preocupación.

—Resulta— —dijo el detective Blackwood— que estoy siguiendo una pista en este momento. Uno de mis contactos está investigando cierta información. Te informaré en cuanto tenga novedades. Mientras tanto, quizás deberíamos repasar los detalles de seguridad para la boda. Te aseguro que hemos cubierto cada posible aspecto.

—Está bien— dijo el señor Franklin.

—Comencemos con los planes para el ensayo de mañana...

—¿Y luego yo digo “sí, acepto”, verdad?— preguntó Percy.

—Idealmente, sí— respondió el pastor con una sonrisa mientras guiaba a los novios a través de la ceremonia—. De lo contrario, algunos quedarán profundamente decepcionados por haber hecho el viaje. Después me volveré hacia los invitados y los presentaré como esposo y esposa.

La party nupcial empezó a aplaudir, igual que todos los asistentes que habían ido al ensayo.

Percy y Daphne seguían tomados de la mano. Él sintió el impulso de besarla, y lo hizo. Ella le correspondió con un beso.

—Esto es solo la apertura— dijo uno de los padrinos—. La función principal será mañana. Si nuestro talento es solo la mitad de bueno, conseguiremos hacer que todos la pasen de maravilla. Aunque, Percy, tengo algunas observaciones sobre ese beso.

Percy se rió entre dientes.

—Esta es mi boda— dijo Daphne—. No una obra de teatro. Y además, pude verte echándole ojitos a Angela en todo momento, Benji.

—Vaya, la novia celosa— comentó Benji—. Ella le está mintiendo a Angela, nunca le lanzaría miradas sin tu permiso explícito y por escrito.

—Ajá— dijo Angela antes de cambiar su mirada al hombre musculoso con camisa de esmoquin que se encontraba entre Percy y Benji—. Creo que el padrino debe mantener en línea a los padrinos de los novios.

El hombre con la camisa de esmoquin, Gus, afirmó—. No mires a Angela, Benji. Ella no quiere salir contigo.

—Yo nunca— respondió Benji—. ¿Quién pensaría en encontrar el amor en una boda?

—Dios santo, Benji— exclamó Angela—. Claro, tenemos que ir a ver al catering, ¿te acuerdas?

—Correcto— dijo Daphne—. La reunión con el catering. Esa que tenemos pendiente. Deberíamos ir ahora.

Se dieron vuelta y se alejaron entre las demás damas de honor, riendo bajito mientras caminaban.

—¿De qué fue esa charla?— preguntó Percy al verlas partir.

—Bachelorette party— aclaró Gus—. Mejor cuidado.

Percy no respondió. Seguía muy impresionado con la imagen de Daphne.

—Creo que ella es la indicada, chicos— dijo Percy con una risa.

—Hasta que duerma con un stripper— añadió Benji.

—¿Y dónde van a encontrar un stripper en las montañas?— preguntó Gus.

Benji se encogió de hombros.

—En el mismo lugar donde hallaron a todas esas conejitas de nieve— dijo señalando la gran ventana de cristal hacia las pendientes de esquí.

La gente desfilaba por las pistas luciendo casacas neón y pantalones de nieve en variados colores. Algunos, tanto mujeres como hombres, vestían atuendos muy elegantes que captaban miradas de todos lados.

—Me alegra que tu prometido tenga un ex psicópata— comentó Benji—. Ojalá mi papá pudiera rentar toda una estación de esquí para mi boda. En vez de eso, solo me dio un paquete de condones y me dijo que nunca me casara.

Percy permaneció en silencio, sonriendo. Satisfecho, lleno de esperanza.

—Ese es ese rostro que tienes otra vez— dijo Gus—. Tienes que controlarlo.

—¿Qué?

Gus tenía dificultades para expresar sus pensamientos con palabras. “Cuando te pones esas gafas color rosa, pierdes todo sentido común. Toda... urgencia.”

“Estoy bien,” dijo Percy. “Todo estará bien.”

Gus no parecía tan seguro. “Espero que sepas lo que haces. Esta no es exactamente una situación en la que puedas simplemente abandonar si las cosas no salen como planeaste.”

“Lo sé,” afirmó Percy. Normalmente podía hacerlo. Huir era su fuerte. Ser el centro de atención no lo era. “Estaba intentando encontrar un momento a solas y el... fotógrafo. El fotógrafo de la boda me seguía a dondequiera que fuera. No puedo tener un momento de tranquilidad.”

“Ahora sabes lo que se siente al ser nosotros,” dijo Benji. “Los ‘fotógrafos’ aquí han sido bastante insistentes, ¿verdad?”

“Es tu gran día, Percy,” dijo Gus, “eres la estrella.”

Todos soltaron una buena carcajada.

Desde el otro lado del salón, el señor Franklin llamó: “¡Percy!”

“Ya empezamos otra vez. Te lo dije, no tengo descanso,” susurró Percy a sus amigos. Más alto, añadió, “¿Sí, papá?”

“¿Has visto a ese maldito detective?” preguntó el señor Franklin. “Quiero hablar con él de algunas cosas.”

Percy hizo un gesto de negación con la cabeza. “No desde esta mañana. Trata en el restaurante en la cima de la montaña,” sugirió. “Quizá haya ido allí.”

El señor Franklin miró hacia la cima del monte. “Gracias, hijo. Lo buscaré.”

Una vez que el padre de su personaje se fue, se volvió hacia sus amigos y dijo, “Eso debería mantenerlo ocupado por una hora o más.”

“No sé qué hacer contigo, Percy,” dijo Gus.

“¿Cómo estuvo la despedida de soltera?” preguntó Percy.

Daphne sonrió con picardía. Estaba colocando chocolates en un platito pequeño.

“No sé de qué estás hablando.”

Percy se acercó más. “Sabes, alcohol, hombres musculosos con pantalones que se desgarran. Paletas fálicas o algo así.”

Ella dejó de colocar los caramelos y lo miró con curiosidad, su cabello negro azabache enmarcando su rostro. “¿No son todos los helados fálicos?”

Percy soltó una carcajada. “No lo sé. Solo fue algo que dijo Benji.”

“Nunca deberías escuchar lo que dice ese hombre,” comentó ella.

“Claro.”

“Debes salir de aquí antes de la medianoche, lo sabes. No nos está permitido vernos en el día de la boda hasta la ceremonia.”

Percy miró el reloj en la pared. “Faltan cuarenta minutos.”

“Puedes esperar un día más,” dijo ella.

Percy no quería, pero sabía que la fiesta terminaría pronto y también sus vacaciones. No quería irse a dormir. Era como un niño que intenta estirar su fin de semana quedándose despierto hasta tarde el domingo. Pronto llegaría el lunes.

“Déjame quedarme un poco más, por lo menos,” pidió, rogando casi.

Ella sonrió y su corazón se aceleró.

“Solo un poquito más,” dijo ella riendo. “¿Realmente te estás metiendo en esto, ¿verdad?”

“Percy,” dijo Daphne, “¡Despierta! Tienes que salir de aquí antes de que alguien te vea.”

“Maldita sea, no quería quedarme dormido,” explicó Percy. “Lo siento.” Corrió por la habitación poniéndose la ropa. “No quería que esto pasara.”

“Sólo prepárate. La ceremonia aún queda seis horas. Estamos bien. Todo estará bien.”

Percy asintió, recogiendo todas sus cosas y saliendo por la puerta.

Mientras salía, miró al suelo y vio una pequeña tarjeta de comentario del resort en la que estaba escrito: “Te amaré hasta el día en que mueras.”

—Daphne—dijo él, agachándose para recoger la tarjeta—. Daphne, alguien deslizó esto por debajo de la puerta.

Al principio, sintió curiosidad, luego un temor profundo, tomó la nota y la volteó, buscando más escritura, pero no encontró nada más.

—Vamos al detective, ¿verdad?—preguntó ella.

—Correcto.—

Casi corrieron hacia allí.

—¿No se suponía que él debía estar en la oficina?—dijo Percy, sujetándose del marco de la puerta mientras casi perdía el equilibrio. Se sentía mareado y agotado.

—Solo respira—, dijo Daphne.

Percy tenía dificultades. Sus instintos de supervivencia le indicaban que huyera, pero eso no era posible en ese momento. Estaban en las montañas, y no disponía de vehículo alguno. Aunque lo tuviera, sabía que la historia lo seguiría a donde fuera.

La oficina estaba vacía.

—Vamos a revisar la capilla—, sugirió Percy. —¿Sabes en qué habitación están todos?

—Puedo verificar en el registro—, respondió Daphne.

Casi corrieron por el resort hasta la capilla. En el camino, no vieron a ninguna persona. El lugar estaba completamente alquilado para la boda y el personal parecía sorprendentemente ausente.

Al entrar en la sala, la atención de Percy se centró de inmediato en la gran ventana que ofrecía vista a las pistas de esquí.

—Dios mío—, exclamó, observando el telesilla.

Las líneas estaban cortadas. Ningún vehículo subía o bajaba.

—¿Cómo suben a la montaña sin los telesillas?—preguntó.

Daphne miró el daño. Una fila de telesillas había caído al suelo. Los otros seguían suspendidos en el aire, aunque se veían hundidos.

—Creo que no—, respondió ella en pánico. —Dijeron que había demasiada nieve este año. Las carreteras son intransitables.

Percy comprendió que la mayoría de los empleados del hotel no podría llegar a la cima de la montaña.

—Percy, mira—, dijo Daphne, señalando hacia la pared detrás del púlpito.

Percy se volvió para ver las palabras: “Te amaré hasta el día en que mueras,” nuevamente escritas con pintura roja.

—Dios mío—, dijo Percy. —Tenemos que ir a buscar a los demás.

Primero, buscaron la habitación de Gus. Al llegar, la puerta estaba abierta y Gus yacía en su cama. Restos de plumas ensangrentadas estaban alrededor de su cuerpo.

—Lo mataron en sueños—, dijo Percy, analizando la escena. —Ni siquiera alcanzó a levantarse.

Eso no era del todo cierto. Gus había tratado de protegerse de la puñalada con una almohada, lo único a su alcance en ese momento. Pero no había sido efectivo.

—No entiendo—, dijo Percy con pánico—. Es demasiado pronto... No es ni siquiera la Primera...

Se perdió en su mente, buscando una respuesta.

—Tenemos que encontrar a Angela—, dijo con determinación.

Daphne asintió. —Lo siento tanto. Esto fue culpa mía. Adrian nunca me dejaría escapar.

—No es momento para eso—, dijo Percy, tomando su mano. —Vamos.

A toda prisa cruzaron el pasillo hasta hallar la habitación de Angela, cuya puerta yacía abierta. La mujer no estaba allí.

Hasta que entraron en la habitación y vieron el balcón.

Angela yacía afuera, en la pequeña silla que quedaba en el balcón. Solo llevaba una camiseta y jeans. Su piel lucía azul. La nieve cubría su cabello.

—Eso no tiene sentido—, susurró Percy. —No puede estar muerta. No es posible.

Abrió la puerta del balcón y examinó su cuerpo. Estaba prácticamente helada al tacto.

—No puede morir antes de...—dijo Percy.

—¿Por qué no se defendería? Quizá se emborrachó y se quedó dormida allí afuera—señaló Daphne.

—No entiendo lo que está pasando. Esto es demasiado pronto—dijo él—. Todavía estamos en la fiesta.

Los ojos de Daphne se abrieron de par en par al escucharle.

Percy se arrodilló en el suelo y rodeó su regazo con los brazos.

—¿Estás bien?—preguntó Daphne entre lágrimas.

—Estoy mareado—respondió Percy—. ¿Dónde está Benji? Quizá—empezó a decir.

—Percy, tenemos que cerrar las puertas—dijo Daphne—. Adrian llegará pronto.

Percy apenas la escuchaba.

—No debería ser un personaje principal—dijo en pánico.

—No—dijo Daphne—. Nada de esas palabras. Solo tenemos que encontrar un lugar para escondernos, ¿verdad?

Corrió hacia la puerta y la cerró, asegurándola con llave.

—Percy, te amo—dijo ella.

—Ya es demasiado tarde—dijo Percy—. Comenzó a fruncir el ceño y a sujetar su estómago—. Gus y Angela... ya no están con nosotros.

—Ven aquí—dijo Daphne, ayudando a Percy a levantarse del suelo y llevarlo a la cama—. A través de las lágrimas, susurró:—Lo único que importa es que nos amamos. Aunque solo podamos estar juntos unos segundos en el esquema de las cosas, al menos estuve contigo. Tuve tanta suerte cuando llegaste—per—.

Percy se convulsionó, cayendo de la cama en el proceso.

—¡No me interrumpas!—exclamó Daphne—. Esa es mi parte favorita.

Se inclinó y lo volvió a colocar en la cama.

—Lo que realmente importa es que nos amamos. Aunque solo nos quede unos instantes en el gran esquema de las cosas, al menos estuve contigo. Tuve tanta suerte cuando llegaste, Percy. Estábamos destinados a estar juntos para siempre.

Lo miraba entre jadeos, como si la viera por primera vez. La cortina se había levantado. Las gafas con tonos rosados habían desaparecido.

¿Quién era esa persona? ¿Estaba realmente enamorado de ella? ¿Formaba parte siquiera de su equipo? ¿Por qué de repente se sentía tan mal?

—Chocolates—balbuceó con dificultad.

—Amas el chocolate. Te dije que te fueras antes de la medianoche. Es mala suerte que la novia y el novio se vean antes de la ceremonia el día de su boda. Tú no quisiste irte. ¿Qué se suponía que hiciera?

—¿Cómo?—preguntó. Ella los había matado a todos tan pronto.

Pero then se dio cuenta de que no los había matado tan pronto en realidad. El Ciclo de la Trama, que juró haber visto como 'Fiesta' justo antes, ahora avanzaba mucho más.

—¿El Gran Final?—preguntó con lágrimas en los ojos al entender lo que había ocurrido. Ella tenía sus propios clichés y él había caído en ellos sin resistencia. Pensó que la historia tendría un Largo Fase de Fiesta. Pero no. Todos estaban engañados.

¡El detective!

Su padre había estado buscando al detective el día anterior. ¿Había sido esa Primera Sangre, la desaparición del Detective Blackwood? ¿Habían dormido todos mientras la historia pasaba por ellos, fase tras fase? No estaban preparados para esto.

—Solo quiero que sepas—dijo ella—que en realidad te amo.

La historia estaba casi terminada y él había fracasado. Por eso no debía ser el personaje principal. No era bueno en eso. Se había enamorado de ella en todos los sentidos posibles. El amor lo había traicionado. Sintió un pinchazo en el corazón. No sabía si era la traición o el veneno.

No así. Habían asumido un riesgo tan grande al venir aquí. Podían perder por su culpa.

“No quiero seguir jugando,” dijo antes de siquiera saber lo que estaba diciendo.

Los ojos de Daphne volvieron a abrirse de par en par. Rápidamente le colocó un dedo sobre la boca y afirmó: “Esto no es un juego, querida. Te amo tanto.”

Percy ya no podía pensar con claridad, pues sentía que una convulsión surgía de nuevo. El veneno que Daphne había introducido en su sistema, sea por encanto o por afecto, había hecho su trabajo. Iba a morir. Su equipo no sería rescatado, no aquí, en medio de la nada.

“Me rindo. No quiero seguir jugando,” afirmó. Y en ese instante, el Ciclo de la Trama se detuvo.

“¡No!” gritó Daphne. “¿Qué acabas de hacer?”

Daphne lo miró con miedo, y también con... lástima. Juraría que en sus ojos había compasión. ¿Por qué? ¿Qué había hecho? ¿Era realmente posible abandonar el juego?

Se dio vuelta y observó a través de la ventana, más allá del cuerpo de Angela. El miedo en sus ojos era palpable. Comenzó a respirar con dificultad.

Con la mirada fija en Percy, se volvió hacia la puerta.

Al abrirla, se detuvo un instante.

Sacó un cuchillo de algún lugar oculto en los pliegues de su vestido, un cuchillo plateado y adornado con joyas.

Camino rápidamente por la habitación, temblando, pero intentando dominar el temor.

“Te lo dije, Percy,” dijo con lágrimas en los ojos mientras preparaba su arma. “Te amaré hasta el día en que mueras.”

Con otra mirada de miedo hacia algo fuera de la ventana, deslizó la hoja hacia abajo, apuntando al cuello de Percy, enviándolo a un sepulcro prematuro.

Y con un último destello de su cuchillo, ella también se unió a él.

Presentamos: Daphne Sinclair como La Homibride en La Parte III de La Homibridal: La Cresta de la Viuda

Revision #1

Created 28 March 2026 03:13:18 by Robert White Mar

Updated 28 March 2026 03:13:21 by Robert White Mar